



Relato Institucional Centenario PUCV 1928-2028

Fecha de actualización: mayo de 2026



La Pontificia Universidad Católica de Valparaíso en su primer centenario

Pasado, presente y futuro

La Pontificia Universidad Católica de Valparaíso llega a su primer centenario con la madurez de las obras que han aprendido a sostenerse en el tiempo. No se trata de un aniversario más, sino de un umbral que invita a mirar con nitidez el origen, a reconocer lo que ha permanecido y a decidir lo que debe transformarse para que el proyecto universitario siga siendo fecundo. En ese tránsito, el Centenario deja de ser una efeméride para convertirse en una medida: la medida de una identidad que se conserva sin inmovilidad, de una excelencia que se renueva sin diluirse, y de una vocación pública que se verifica en el territorio y en el servicio.

El inicio de esta historia fue sencillo y, a la vez, exigente: una convicción radical sobre la educación superior como servicio. Desde entonces, la Universidad ha crecido como comunidad y como institución; ha ampliado disciplinas, ha formado generaciones, ha habitado la ciudad y la región, y ha construido un prestigio que combina indicadores con un modo de hacer universidad donde el conocimiento se orienta al bien común. Esa trayectoria ha permitido que la PUCV se comprenda como una obra colectiva: un proyecto compartido, ordenado a una misión ofrecida a la sociedad.

En el corazón de esa misión se afirma una identidad universitaria **católica**, de **excelencia académica** y de **vocación pública**. La identidad católica se expresa como una comprensión de la educación superior centrada en la persona humana, abierta al diálogo entre fe y razón, y comprometida con la justicia social y el cuidado de la casa común. La excelencia académica se entiende como responsabilidad: rigor intelectual, docencia comprometida, búsqueda de la verdad, cultivo de los saberes y resguardo permanente de la calidad. La vocación pública se encarna en decisiones, alianzas, prioridades y presencia efectiva en la vida regional y nacional.

El pasado de la Universidad se reconoce, por ello, como una raíz que sostiene. En esa memoria aparece con fuerza el humanismo cristiano, como fundamento de una vida universitaria centrada en la dignidad de las personas y en la formación integral. Desde ese horizonte se comprende también la vocación pública: la convicción de que la educación superior es servicio, y que la Universidad se verifica en el territorio, en el bien común y en su contribución efectiva a la sociedad. La cultura institucional se recuerda marcada por la cercanía, el respeto y el trato digno; por estilos de liderazgo que valoran la comunidad; por espacios donde la deliberación y la participación construyen sentido. En esa trama se juega la calidad de la experiencia universitaria y la consistencia entre valores y prácticas cotidianas.



La innovación, la investigación y el desarrollo también se vuelven decisivos. La Universidad posee capacidades y avances —en digitalización, investigación aplicada, creación artística y sostenibilidad—, pero el desafío contemporáneo es institucionalizar una cultura abierta a la colaboración interdisciplinaria y a la toma de riesgos responsable. La innovación debe dejar de ser una suma de buenas prácticas y convertirse en hábito transversal: en políticas, financiamiento, incentivos, infraestructura, redes y proyección internacional. Se espera una investigación con impacto social y pertinencia local, capaz de dialogar con agendas globales sin perder arraigo.

La excelencia, a su vez, se reconoce como un rasgo construido en el tiempo. La PUCV se consolidó como una institución rigurosa, con cuerpos docentes de trayectoria y vocación, y con un modelo formativo exigente e integral, que articula conocimiento disciplinar, formación ética, habilidades transversales y pertinencia para contextos profesionales y sociales cambiantes. Esa reputación se sostiene en un modo de hacer universidad que cuida la calidad, promueve el pensamiento crítico, cultiva los saberes y mantiene abierta la búsqueda de la verdad. La exigencia, en este marco, es un medio de responsabilidad con quienes aprenden y con la sociedad a la que la Universidad sirve.

Ese legado entra al presente bajo condiciones nuevas. La época exige cambios con una velocidad que tensiona prácticas instaladas; la pandemia aceleró transformaciones en docencia, trabajo y modos de relación; la inteligencia artificial y la automatización reconfiguran profesiones y saberes; la hiperconectividad modifica expectativas sobre aprendizaje, experiencia estudiantil y vida universitaria. En este escenario, la comunidad universitaria se reconoce exigente: valora lo que la Universidad es, pero también demanda que esa identidad se traduzca en condiciones reales para sostener excelencia, bienestar y pertinencia.

El presente de la PUCV se define, así, por una doble responsabilidad. Por una parte, sostener lo que ha sido su sello: humanismo cristiano, dignidad de las personas, cultura de respeto y pertenencia. Por otra, modernizar sin perder el rumbo: actualizar modelos educativos, fortalecer innovación curricular, mejorar infraestructura y soporte tecnológico, y asegurar que la calidad no dependa de esfuerzos aislados, sino de sistemas que permitan coherencia y mejora continua.

La formación sigue siendo el centro. La exigencia académica se valora como rasgo identitario y como factor de prestigio; se reconoce un cuerpo académico comprometido; se aprecia la formación integral. Precisamente a la luz de esas fortalezas, el presente exige cerrar brechas: condiciones de estudio, acompañamiento, accesibilidad, infraestructura y tecnologías que hagan posible una experiencia formativa a la altura de las nuevas realidades. Una universidad de excelencia se sostiene en contenidos y evaluaciones, pero también en entornos de aprendizaje, en sistemas de apoyo, y en una cultura institucional que cuida a sus estudiantes y a quienes enseñan.



A la luz de este legado y de las exigencias del presente, el futuro de la PUCV se proyecta como continuidad con sentido: una universidad que se moderniza preservando su identidad, en coherencia con su planificación estratégica y con el horizonte del Centenario. La formación evoluciona hacia modelos más flexibles, personalizados y contextualizados; integra habilidades transversales, aprendizaje por proyectos e interdisciplinariedad; se hace más pertinente y actualizada frente a las necesidades del entorno profesional, y prepara a profesionales capaces de desenvolverse en contextos nacionales e internacionales complejos y dinámicos; dialoga con el mundo del trabajo con criterio universitario; entiende la empleabilidad como expresión concreta de movilidad social, desarrollo regional y contribución efectiva al país. La formación se vuelve también permanente: acompaña trayectorias a lo largo de la vida profesional y personal.

En ese mismo horizonte, la investigación, la creación y la innovación se vuelven una promesa de futuro que debe consolidarse con decisión institucional. Se proyecta una Universidad capaz de generar conocimiento de frontera con pertinencia pública; de fortalecer la creación artística y cultural como dimensión universitaria; de articular investigación aplicada, transferencia y desarrollo tecnológico; y de hacerlo en redes colaborativas, interdisciplinarias e internacionales. El desafío es avanzar desde capacidades dispersas hacia una cultura sostenida: con financiamiento, incentivos, infraestructura y gobernanza que hagan del conocimiento una contribución verificable al territorio, al país y al debate global.

La relación con el entorno forma parte de su columna vertebral. La Universidad se reconoce vinculada a Valparaíso por sus espacios y su vida cotidiana y, sobre todo, por su presencia en el tejido social y cultural, por su aporte a la descentralización del conocimiento y por su participación en conversaciones de interés público. La región ha sido una prioridad institucional que orienta acciones y define un modo de comprender el rol universitario como dinamizador de capacidades, articulador de redes y generador de bienes públicos. Desde la condición histórica de Valparaíso como ciudad-puerto abierta al mundo, esa presencia se proyecta también hacia una apertura internacional que amplía el horizonte del quehacer universitario.

En vinculación con el medio, la Universidad despliega una presencia diversa: prácticas profesionales, iniciativas culturales, proyectos comunitarios, articulaciones con gobiernos y organizaciones, participación en debates públicos, transferencia de capacidades y colaboración con el sector productivo. Esa vinculación también retroalimenta la formación: conecta aprendizaje con desafíos reales, actualiza preguntas y contenidos, y fortalece la pertinencia de los procesos formativos. El presente exige un paso adicional: visibilizar y sistematizar. La relevancia pública se demuestra. Medir impacto, comunicar con eficacia, ordenar iniciativas y convertir la vinculación en modelo estratégico y medible fortalece el rol público y hace más nítido el aporte universitario al desarrollo regional y nacional.

La proyección territorial se fortalece: la Región de Valparaíso se reconoce como prioridad institucional; las alianzas con comunidades, gobiernos y actores productivos se vuelven más estratégicas; el conocimiento universitario se moviliza para responder a desafíos del entorno con soluciones reales.



Al mismo tiempo, esa prioridad territorial se proyecta hacia una articulación global: Chile requiere conectarse y dialogar con el mundo en ámbitos científicos, culturales y económicos, y una universidad de vocación pública aporta formando profesionales capaces de desenvolverse en escenarios nacionales e internacionales complejos y dinámicos. En esa línea, la PUCV fortalece redes internacionales de conocimiento, innovación y cultura que permiten conectar desarrollo local y nacional con cooperación académica, investigación colaborativa y movilidad.

La vida universitaria del futuro gana densidad cultural y comunitaria. La conmemoración se traduce en acciones visibles: obras e iniciativas que fortalecen espacios de encuentro, creación y deporte; dispositivos de memoria que hagan presente el legado en las sedes; archivos y plataformas que reúnan historia, biografías e hitos; programas que convoquen a estudiantes, académicos, funcionarios, egresados y amigos; mecanismos de apoyo a iniciativas con foco en el Centenario, abriendo la conmemoración hacia la sociedad. La memoria se activa y se convierte en impulso.

La vida universitaria, asimismo, se mide por su densidad comunitaria. En una institución grande y compleja, sostener cohesión requiere gestos, políticas y culturas. El bienestar es un pilar de excelencia y de misión. La dignidad de las personas —en trabajo académico, en labores de administración y servicios, en vida estudiantil— se reconoce como centro de decisiones y como condición para construir entornos saludables, justos y solidarios. Cuidar la comunidad es, también, cuidar el futuro.

Ese mismo impulso proyectivo exige una conducción institucional a la altura de los desafíos. La calidad se entiende como cultura: una forma de tomar decisiones basada en evidencia, una disposición a evaluar con honestidad, a reconocer brechas, a planificar con rigor y a rendir cuentas con claridad. Esa evaluación se traduce en planes de mejora con metas, responsables y seguimiento, y en una medición más consistente del impacto del quehacer universitario en formación, investigación y vinculación con el medio. De cara a los desafíos institucionales del horizonte 2028, la Universidad fortalece procesos, eleva estándares, socializa criterios, amplía participación y consolida capacidades de autoevaluación, por coherencia con su misión pública y con su promesa formativa.

La transformación y la adaptabilidad, en consecuencia, se entienden como la forma contemporánea de continuidad. Cambiar sin perder el sello exige prioridades, gobernanza moderna, participación y una cultura organizacional que valore el aprendizaje institucional. Exige descentralizar decisiones cuando corresponde, fortalecer sistemas de información, reconocer cargas y condiciones de trabajo, y sostener un clima laboral que haga posible la colaboración. Exige también mirar el cambio generacional como oportunidad para renovar lenguajes, metodologías y formas de presencia pública.



En este horizonte, la sostenibilidad se afirma como agenda estructural. La sostenibilidad es financiera —capacidad de invertir y sostener excelencia sin comprometer estabilidad—, pero también ecológica y social. Implica eficiencia y visión de futuro, control y estrategia, prudencia y capacidad de desarrollo. Supone diversificar fuentes de financiamiento, fortalecer instrumentos de autonomía de largo plazo y sostener alianzas basadas en confianza, calidad y transparencia. Implica, además, comprender que una universidad contemporánea debe responder al cuidado de la casa común, avanzando en metas ambientales que ordenan inversiones, infraestructura, operación y consumo, con horizontes como la carbono neutralidad.

En suma, la Universidad se prepara para que el Centenario sea una experiencia comunitaria, más que un acto aislado. Se proyecta una institución más integrada, innovadora, inclusiva y fiel a su identidad; una universidad que piensa, crea, enseña y transforma al servicio de Chile, enraizada en Valparaíso y abierta al mundo. La pregunta decisiva no es qué se celebra, sino qué se afirma y qué se instala para los próximos cien años.

El primer Centenario condensa, así, tres momentos que no se suceden como capítulos separados, sino que conviven y se iluminan mutuamente. El pasado entrega identidad y fundamento; el presente exige decisiones en un contexto de cambio; el futuro demanda proyección y responsabilidad. Estos tres momentos maduran, se comprenden y se sostienen por medio de cinco ejes estructurales, en un orden que permite reconocer coherencia y dirección: **Identidad y Catolicidad** (humanismo cristiano y vocación pública vividos en prácticas); **La generación de conocimiento de frontera, la creación y la innovación** (investigación con impacto, cultura creativa y proyección); **Liderando la formación de personas en la “era de la inteligencia artificial”** (excelencia formativa, modernización curricular y tecnología al servicio del bien común); **La vinculación con el medio: la apertura de la Universidad al mundo** (presencia territorial, impacto público e internacionalización, con proyección nacional e internacional); y **Gobernanza moderna, gestión del cambio, aseguramiento de la calidad y acreditación institucional** (decisiones basadas en evidencia, mejora continua y capacidad institucional para el Centenario).

Honrar el Centenario es afirmar con claridad lo que la Universidad es —católica, de excelencia académica y de vocación pública— y proyectar esa identidad con la audacia responsable que exige el tiempo. Es renovar el pacto fundacional desde la continuidad con sentido. Y es asumir, como obra colectiva, que el futuro se construye día a día en la docencia, la investigación, la gestión, la vida estudiantil y la vinculación con el medio, con dignidad humana, con compromiso territorial y con apertura al mundo.